

EL MITO DE ARIADNA: LITERATURA Y MÚSICA

María Soriano García.

Érase una vez, una bella princesa que habitaba en un gran palacio cercano a un tortuoso laberinto. Para conseguir que este cuento no acabe siendo un juego de hilos sin salida, debo abrir las puertas y ventanas de la historia de Ariadna sin dejar el orden abandonado.

La princesa Ariadna era hija del poderoso Minos, rey de Creta, y de la apasionada Pasifae. Dice Lope de Vega en su tragicomedia *El Laberinto de Creta* que Pasifae “puso los ojos en un blanco y rubio toro, novillo de pocos años, más doméstico que hosco, tan pintado de la piel, con varias manchas el lomo, que sólo por las estrellas es del sol más hermoso. Enamoróse la madre, dando, asombro a Creta y parió – casi con seguridad de Júpiter- un monstruo medio toro y medio humano”.

El rey Minos, ante la noticia de traición sobre su infiel esposa, decide encargar al maestro arquitecto Dédalo el diseño de un vertiginoso laberinto para encerrar a ese monstruo feroz, a quien la fama llama *Minotauro*.

En extremados y quebrados pasadizos oscuros se esconde la terrible fiera, espanto y misterio de Creta. El Minotauro devoraba a los

hombres sin dilación, que veían llegar la hora de su muerte de la mano de la suerte o el azar.

Esta humilde cuentacuentos, que está ante ustedes, interrumpe su historia para narrarles algo de suma importancia. Había un gran enfrentamiento, como también cuentan Chaucer o Lope, entre los cretenses y atenienses. Pues Minos, vio morir a su hijo Androgeo- estudiante se filosofía- en Atenas. Para vengar la muerte de su hijo, intentó el rey de Creta, sitiar las ciudades cercanas a Atenas y se hizo incluso con la importante ciudad enemiga; gracias a la ayuda de otra princesa marcada por la desgracia: Cila. Una mujer, que guarda un gran parecido con el perfil de Ariadna, porque al igual que ella, fue engañada por su enamorado para conseguir la victoria ante todos.

Minos abandonó a Cila por el tremendo amor que le profesaba a su mujer Pasifae, sin saber que ésta había cometido el pecado adúltero, nada más y nada menos que con el dios de los dioses. La traición se hizo doble para el rey de Creta; sí consiguió vengar a los asesinos de su hijo, pero en su regreso a la patria tuvo que aguantar la figura de un nuevo hijo deshonoroso de su mujer con forma de toro.

Así, y volvamos a nuestro cuento, el rey de Atenas Egeo –ante los horrores que causaba el Minotauro- mandó a su hijo Teseo (al que también le había llamado el azar o la rueda de la Fortuna) para que se enfrentara al hijo encerrado de Pasífae. El noble Teseo fue encarcelado en una torre muy profunda y contigua a la pared de una habitación exterior que pertenecía a las dos hijas del rey Minos. Las

princesas Fedra y Ariadna vivían con alegría, regocijo y comodidad, contrastando con el posible destino desolador de su vecino.

“No sé cómo ocurrió por casualidad que, cuando Teseo se estaba quejando de noche, la hija del rey, llamada Ariadna, y también su hermana Fedra levantaron los ojos hacia la luna brillante y oyeron todo su lamento (...). Tuvieron compasión de su dolor porque les daba mucha pena que el hijo de un rey estuviera en una prisión así para ser devorado”, nos dice en su breve leyenda el autor medieval inglés.

De la estirpe luminosa, nieta del Sol y amiga de la Luna, era la rubia Ariadna que, como otras mujeres de la familia, se prendó del joven aventurero y le prometió su ayuda junto a Fedra : *¡por mi fe que nosotras haremos lo que sea para ayudarle!* (Chaucer). Para que pudiera escapar del Laberinto, después del enfrentamiento con el monstruo, Ariadna le ofreció a Teseo un ovillo de hilo.

“Nosotras le daremos bolas de cera y una madeja de hilo y, cuando abra bien su boca, las arrojará en la garganta del monstruo para inmovilizar sus dientes y saciar su hambre. Entonces, cuando Teseo vea al monstruo atragantado, saltará sobre él y lo matará antes de que venga nadie. El arma la esconderá el carcelero en secreto dentro de la prisión antes de ese momento. Y como el Laberinto está lleno de sinuosos pasillos y tiene tan intrincados caminos por donde ir, pues está construido con la configuración de un laberinto, para eso tengo una solución en mi mente: con una madeja de hilo podrá regresar por el mismo camino por el que haya ido, siguiendo siempre el hilo que habrá ido deshilando (...). Esta es mi propuesta si él se atreve a llevarla

a cabo". Las palabras de Ariadna en la obra de Geoffrey Chaucer nos dibujan a una delicada fémina, que demuestra tener gran valentía y amor.

Y Lope de Vega hace hablar a Ariadna de forma similar: *"Yo te daré de oro un hilo, que a las puertas has de atar, por donde puedas tornar siguiendo aquel mismo estilo. Que no te podrás perder si con él vienes siguiendo la puerta, ya que al horrendo monstruo acabes de vencer. Para el cual has de llevar tres panes, con tal veneno, que de su sentido ajeno, caiga en el mismo lugar. Entonces, con una maza que te daré, larga y fuerte, en sangre, dánsole muerte, bañarás la inculta plaza. (...) Palabra nos has de dar de llevarnos a tu tierra, adonde se intenta guerra, y si quisiere vengar, tú nos podrás defender"*.

La postura de Teseo -caballero de buen ver, joven, de tan sólo 23 años- ante la dedicación de la princesa es la siguiente: *"la dama más apreciada de mi vida (...), no me separaré de vos mientras tenga vida, hasta el último aliento, sino que permaneceré a vuestro servicio como un exiliado anónimo y os serviré siempre hasta que mi corazón se consuma. Renunciaré a mi propia herencia (...), seré un paje en vuestra corte, si vos me concedéis la gracia de que en este lugar pueda tener comida y bebida, nada más"*. Teseo en el *Laberinto de Creta* afirma: *"palabra a los cielos doy que serás, y lo eres hoy, mi bien, mi reina y mujer"*.

Escuchando ensimismada a su amor, único amor, Ariadna –según *La leyenda de las buenas mujeres*– le propone ser su esposa,

“ya que tú eres de tan noble cuna como yo y tienes un reino no lejos de aquí”, para que no se considere o convierta en su paje. Pero además, Ariadna le exige que Fedra también vaya con ambos y que haga Teseo que la hermana se case lealmente con su hijo cuando regrese a su casa. ¡Fíjense señores, quién le iba a decir a Ariadna – que busca la felicidad de su hermana- que acabaría abandonada por sus dos seres más queridos, cuando ahora se entrega en cuerpo y alma a ellos! “Por mi honor os juro y os aseguro, que durante estos siete años he sido vuestro devoto servidor”. ¡Vaya un Teseo bribón!

Pues bien, desenroscando el hilo, atado a un punto fijo en la salida (o, acaso, sostenido por la propia princesa), pudo el héroe internarse en los repetidos recovecos del inmenso laberinto, seguro de poder luego, recogiendo el hilo, regresar al exterior. Avanzó al encuentro con el mugiente Minotauro, lo asesinó en feroz duelo, y volvió sin perder el hilo para reencontrarse con los brazos amantes de la alegre princesa. Como ya estaba pactado, Teseo hizo subir a la ilusionada muchacha en su navío de velas negras y zarpó rumbo a Atenas.

En algunas pinturas de vasos arcaicos, y sobre todo en algunos de la cerámica ática del siglo V, está dibujada la escena: Teseo lucha contra el Minotauro, y fuera le aguarda, con un ovillo en la mano Ariadna. (También Medea ayuda a Jasón a vencer a otro monstruo: el dragón insomne que guarda el vellocino de oro, y también el héroe le ha prometido llevársela consigo a su patria). El héroe ateniense es un buen luchador, y es también, en las leyendas más antiguas, un

seductor de mujeres, un bello príncipe enamorado, un aventurero que ya ha vencido a otros monstruos y es muy hábil en la lucha libre, o con la espada y la maza. El criado, un personaje tipo del que Lope hace uso en casi todas sus obras dramáticas, pondera la valentía de su amo, de la que él carece comparándolo con aquellos dioses y héroes griegos: *“Mató Apolo la serpiente a quien llamaron Fitón, con arco y flechas, que son de un dios tan diestro y valiente; Hércules, la hidra fiera, porque Júpiter le dio las fuerzas, a quien honró después la estrellada esfera.(...) Pero si los dos aquí vieran este monstruo fiero, rindieran flechas y acero al valor que miro en ti”*. Luego el propio Teseo recuerda a Jasón, Hércules o Telamón. Chaucer ha elaborado una breve leyenda, sin embargo Lope se explaya en una tragicomedia, introduciendo lo necesario para adaptar el mito a su época: personajes como los criados y la comparación de sus amores con los de sus amos; el enredo amoroso propiciado por el típico triángulo amoroso (esta vez entre Teseo- Ariadna y Oranteo y también entre Teseo- Fedra- Ariadna o entre Teseo- Fedra y Feniso; la aparición del tema de los matrimonios concertados; la obediencia al padre Minos en este caso; el ambiente pastoril para equiparar el mundo popular con el mitológico; y el final – que al no tratarse de una tragedia- es feliz junto con la anagnórisis.

En un cuento popular maravilloso, después de la victoria sobre el monstruo, lo habitual es la boda del pretendiente y la princesa y el final feliz. Pero lo que todos conocemos es cómo los dos amantes zarpan victoriosos y felices de la isla taurina y laberíntica. El mar azul les brinda un camino de fuga y un plácido viaje. Pero Ariadna no llegará

a ver a Atenas. En la isla de Naxos, mientras Ariadna dormía, Teseo tomó a Fedra y se la llevó a su patria.

Se adelanta el criado de Teseo, Fineo a decir antes de que Lope ponga en boca de Teseo la confesión de su amor por Fedra que *“el mar ¿a quién trata bien? Pues no sé en el mundo a quien no le haya dado un pesar”*. Esta es una anticipación de sucesos que el dramaturgo español describe así en el diálogo amo-criado: *“Bueno, o malo, yo estoy lleno de amor, y no hay replicar.(...) Necio estás, pues entendiendo no vas, que me ha quitado el sentido. (...) Fedra pues.(...) Que adoro a Fedra, Fineo, y que de un justo deseo no es bien que te escandalices. En el camino del mar, de Fedra me enamoré (...)”*. El criado, cuyos valores de fidelidad y moralidad son muy superiores a los de su amo expone: *“Pero dejar a Ariadna, esa bajeza, señor, indigna de tu valor y una ingratitud villana; que Ariadna te dio a ti la vida en una ocasión tan notable, y no es razón que se lo pagues así”*.

El momento del rapto en Lope es impactante: *“presto verás que amor me debes: levanta (...) que irás en brazos”*. Fedra mientras tanto grita el nombre de su hermana repetidas veces; así pues la figura de Fedra como consentidora de ese amor no se ofrece en Lope hasta bien entrado el acto III.

Carlos García Gual ha recogido las variantes sobre el motivo que le llevó a Teseo a semejante traición y engaño:

1. Homero: la diosa Artemis mató a la joven de un flechazo a instancias de Dionisos. Sin saber por qué el dios y la diosa estarían irritados con la princesa cretense.

2. Otros: Hermes o Atenea que manda al mensajero, es la que obliga a Teseo a abandonar a la joven en la isla. O acaso Dionisos, enamorado de la bella fugitiva, forzó a su rival a dejarla allí, en la isla donde pronto acudiría a su encuentro.

Los mitos prefieren adjudicar a intervenciones divinas las decisiones importantes de la conducta humana, al menos en casos difíciles. Mientras el héroe se alejaba rumbo a Atenas, sin cambiar las velas negras, presto de desembarazarse también de su padre, Ariadna se consoló con la llegada del alegre Dionisos, dios del entusiasmo y de la fiesta, que la hizo su esposa y del que tuvo varios hijos. Con él compartió la bella los gozos de la fiesta orgiástica, entre el tropel de los sátiros y las ménades seguidores de Dionisos, tomando el hábito del dios, y jaleando sus danzas con la música del címbalo y los crótalos.

Quedan en nuestra retina, señoras y señores, varias imágenes perfiladas en estas dos obras literarias:

□ La joven que aguarda temerosa a la entrada del laberinto donde se enfrentan el monstruo, que es su hermanastro, y el aventurero que ella ama.

□ La fugitiva princesa que se despierta no en los brazos del amado, como esperaba, sino en una playa solitaria.

□ La hermosa y solitaria muchacha que ve avanzar hacia ella al dios alegre del vino y la orgía, el bello Dionisos, que le ofrece un matrimonio inmortal y gozoso, en el olvido de los laberintos y palacios peligrosos.

Son tres imágenes recreadas por poetas griegos y también por latinos como Catulo u Ovidio. E igualmente han servido de inspiración a un autor medieval inglés como Chaucer y a nuestro emblemático Lope de Vega. Otros, como Jean Racine le dedica a Ariadna una digna mención en la obra dirigida a su hermana Fedra. El francés pone en boca de Hipólito en la escena I del Acto I su interpretación del mito: *“corazones demasiado crédulos burlados por su ardor: Ariadna contando su abandono a las rocas y al mar, Fedra, en fin, raptada bajo mejores auspicios (...)”*

Este abandono y el sucesivo lamento de la abandonada han hecho un largo paseo por la literatura, e incluso algunos músicos se atrevieron a darle aire melodioso a las lágrimas de la princesa Ariadna.

Chaucer lo relata así: *“¡Ay, en qué hora nací!. ¡He sido traicionada!- y arrancándose el pelo se apresuró a ir descalza hacia la playa para gritar -: ¡Teseo, mi amor!, ¿dónde estás que no puedo encontrarte y la alucinación me puede matar?. Enganchó su pañuelo en lo alto de un palo, por si acaso él se daba cuenta y se acordaba de que la había dejado atrás (...). Pero todo para nada. Él se había marchado por su camino. Ella cayó desmayada sobre una roca; se lamentaba y en su dolor, pisaba las huellas por donde habían pasado a los pies de él*

(...)”. El inglés no quiere detenerse en su lamento, por ser pasado y porque Naso lo cuenta en sus *Heroidas*, aunque termine haciendo este breve resumen: los dioses la ayudaron por compasión e impreque contra Teseo: “*¡que el diablo se vengue del falso amante que traiciona a su corazón fiel!*”

Ariadna en *El laberinto de Creta* de Lope de Vega habla de forma similar a como lo recoge Nietzsche en sus *Ditirambos de Dioniso*: “*porque estaba con mil congojas de un sueño que me traspasaba el alma; soñaba que un pardo azor una paloma sacaba del nido en que yo dormía, y que del mar por las aguas, a la margen de otro puerto se la llevaba en las alas. ¡Ah, mi querido Teseo! ¡Ah, mi señor, mi esperanza, mi esposo! ¿Qué es esto? ¿Nadie me habla? ¿Nadie está conmigo aquí? (...) él se ha llevado a mi hermana, él me ha dejado dormida, aunque despierta a mis ansias. Desde esta peña veré si la sospecha me engaña: aquella es la nave. (...) ¡Oh cruel griego! ¡Oh traidor! ¡Qué bien, ingrato, me pagas esa vida que me debes! ¡Oh Fedra, también ingrata! Aunque no puedo creer que eres cómplice en la causa de mi muerte. Si Teseo te lleva por fuerza, hermana, voy a echarle maldiciones, (...) No sé qué tengo que hacer; cuanto miro me desmaya, cuanto dejo me destruye, cuanto siento me acobarda”.*

Un filósofo alemán, archiconocido por todos, ha coloreado de pasión unos versos agonizantes para dar fe de la lamentable situación en la que ha quedado nuestra princesa en Naxos. Nietzsche abusa muy bien del tono exclamativo, las preguntas retóricas para ahondar en la desesperación y locura y en la apelación para que Teseo vuelva. Sin

embargo, es Dionisos su laberinto como afirma el dios ante su llanto desgarrador.

Tendida en la tierra,
estremeciéndome,
como una medio muerta a quien
se le calienta los pies,
agitada, ay, por fiebres
desconocidas,
temblando ante glaciales flechas
agudas de éscalofrío,
cazada por ti, ¡pensamiento!
¡innombrable! ¡encubierto!
¡aterrador!(...)

¿cómo?

¿un rescate?

¿qué quieres de rescate?

Pide mucho, ¡lo aconseja mi orgullo!

Y habla poco, ¡lo aconseja mi orgullo!

¡Se acabó!

Entonces huyó él,
mi único compañero,
mi gran enemigo
¡mi dios verdugo!...

Para salir de la isla se necesita un barco, como el que se lleva Teseo. O la ayuda de un dios, como el que acude a casarse con la bella abandonada, y que es nada menos que el alegre Baco, dios de la liberación final, enemigo de las ataduras. Por eso, Nietzsche le hace hablar en su *Lamento de Ariadna* y el verso final es tan destacable: *yo soy tu laberinto*. Si en Lope percibimos desasosiego desde el motivo del sueño revelador, en Nietzsche se lleva a extremos la desesperación y el patetismo.

Como se dijo algunos compositores musicales se inspiraron en la historia de la princesa.

Monteverdi (1567-1643) es el iniciador del teatro musical, por lo tanto se puede considerar el padre de la ópera porque, anteriormente, de los dramas musicales solo gozaba el mundo cortesano, y su labor fue trasladarlos a otros espacios idóneos para propiciar el deleite de las masas. Todos los temas abordados en sus composiciones hacen referencia a la Antigüedad Clásica, pero son pocas las obras completas que han llegado hasta nosotros.

Del *Lamento de Ariadna* se conserva la estructura de una sucesión de recitativos que plantean una música casi plenamente monódica, de gran complejidad vocal.

Vemos que se incide en la soledad de la princesa, que en un ritmo lento y pausado se acompaña únicamente por un par de instrumentos: laúd y clavicordio. El desconsuelo, la melancolía y el

sentimiento de engaño están perfectamente reflejados, gracias a una melodía con reminiscencias del Renacimiento y el Barroco.

Richard Strauss (1864-1949). Un músico contemporáneo igualmente fascinado por el imponente mundo clásico.

El estilo de *Ariadna*: a pesar de que Strauss no haya abandonado del todo el estilo posromántico de sus primeras óperas, la sonoridad de *Ariadna en Naxos* resulta mucho más transparente que la de, por ejemplo, *El Caballero de la Rosa*, lo que es indicativo de cierto cambio de estilo. Por otro lado, Strauss se reservó espacio suficiente para incorporar abundantes citas estilísticas. Así, se oye un “lamento” que se inscribe claramente en el patetismo barroco (no olvida a Monteverdi), o sencillas canciones de boca de las máscaras bufas al lado del gran dúo amoroso de Ariadna y Baco, préstamo de la exaltación contemporánea de un Wagner. La modernidad de *Ariadna en Naxos* más que en la novedad de estilo hay que buscarla en su particular relación con la música de épocas pasadas (otra vez Monteverdi) Hoy habrá quien llame “posmoderno” a este eclecticismo. Hoffmannsthal, autor del libreto, llevaba razón al considerar el fruto de esta su tercera colaboración con Richard Strauss como una ópera para el futuro. La ópera está compuesta en estilo severo, clásico, que recuerda a menudo a Monteverdi, con armonías austeras y fórmulas melódicas arcaizantes. El prólogo y las escenas cómicas de los bailarines, en cambio, se desarrollan en estilo coloquial moderno, con un *parlando fluido* y un instrumento ágil. Es posible que *Ariadna en Naxos* no sea una ópera popular, pero es una de las obras más refinadas del teatro musical contemporáneo. Es también una de las

más bellas composiciones de Strauss por su sencillez clásica y bella armonía, mucho más cerca del celestial genio de Mozart que del atormentado *pathos* de Wagner.

Da comienzo la ópera. Se levanta el telón. En un pequeño teatro situado en escena aparece la entrada a una cueva, en una isla desierta. Ariadna yace en el suelo, dormida, mientras tres ninfas Náyade, Dríade y Eco comentan su tristeza. Ariadna se despierta y expresa desgarradoramente su amor por Teseo. Entre bastidores, Zerbinetta y los comediantes la observan (aquellos que en prólogo de la ópera discutían sobre la combinación de tragedia y comedia en la representación), mientras aguardan el momento de salir a escena. Arlequín canta una cancioncilla pero Ariadna, sumida en una profunda tristeza, cree que tan solo la muerte podrá remediar su dolor y espera con impaciencia la llegada de Hermes, su emisario. Durante el monólogo de Ariadna, las ninfas salen de escena; entran algunos cómicos que intentan animar a la joven princesa con una danza, mientras Zerbinetta permanece entre bambalinas. La pizpireta cantante, igualmente, hace todo lo que está en su mano para aliviar el dolor de la princesa, incluso contándole sus propias experiencias personales, pero Ariadna no desata el lazo que le une a Teseo y se tortura. Las tres ninfas anuncian la llegada de Baco y Ariadna confundiéndolo con Hermes lo recibe con alegría. El joven dios queda prendado de la belleza de la princesa y un amor nace que queda sellado con un beso, que la todavía confusa abandonada confunde con el beso de la muerte. Sin embargo, no es la muerte sino la liberación del amor lo que le espera a la joven.

La lista de compositores que han tratado desde que lo hiciera Monteverdi el mito de Ariadna es monstruosa. Por citar algunos nombres emblemáticos nombraremos a Massenet, Haendel, Haydn o Carl Orff. Al igual que ha pasado con muchos textos literarios que se han perdido o son de difícil acceso, me ha sido imposible conseguir su música para contrastar su interpretación del mito. Pero es necesario, para que se hagan una idea, citarlos, siempre teniendo en cuenta que la lista es más larga pero que por gozar de mayor popularidad o prestigio se hacen estos dignos de mención.

Como contar un cuento no es nada fácil, y si encima hay que ponerse a interpretar cada una de las manifestaciones que hay sobre el personaje estrella y principal, puede resultar hasta pesado (aunque para mi fascinante). Por ello, quisiera terminar con una última alusión al mito, visto desde unas lentes que incorporan la típica nariz y bigote, es decir, quiero conseguir que esta historia trágica no trate de inculcar pesimismo en ustedes y piensen que esta niña ha venido aquí a contar un cuentito lleno de tristeza o a vomitarles un mito patético. Así pues, les recomiendo que vean lo que el maestro Mastropiero les tiene que decir y ríanse o saquen sus conclusiones (siento no disponer tampoco de ello, exclusivamente en audio y pierde toda la calidad por la expresividad del grupo). ¡Ah! Sobre todo deben acordarse de que Ariadna -que ponderaba su único amor por Teseo y parecía que la muerte iba a ser su única salvación- tanto en las interpretaciones clásicas, como en Lope o en la ópera de Strauss termina seguramente

satisfecha y feliz junto a Dionisos. Igual la televisión de ahora toma los mitos -como están tan de moda las infidelidades y las nuevas parejas como medio de entretenimiento- y los plasma en la pantalla, ¡vete tú a saber!